



“Lláname, no te arrepentirás:” Un trabajo en equipo pop

CLAUDIA ECHENIQUE

Directora teatral y profesora Escuela Teatro UC

Lláname, no te arrepentirás de Francisca Bernardi me hizo un clic tipo *móntame, no te arrepentirás*. Me gustó el formato y el lenguaje que utilizaba. La idea de relato fraccionado, contado por diferentes personajes conformando una realidad y una historia común que encuentra su sede final en el espectador, era muy atractiva desde la lectura.

El texto nos propone una historia clásica en donde el amor se encuentra con la muerte. Lo particular, a mi juicio, está dado por la búsqueda estilística de la autora donde privilegia el cliché y el lugar común en el lenguaje para presentarnos personajes tipos: el masajista, la madre, la niña, etc. Los personajes responden a diferentes estereotipos que encontramos en nuestra realidad nacional y que son fácilmente identificables. Esto inevitablemente nos conduce al humor. El efecto distanciador que produce el personaje *tipo* favorece a la comedia, ya que la risa, como dice Bergson, se dirige al intelecto y no a la emoción.

La obra está fundamentada en un mito en el cual todos quisiéramos creer: el mito de que el amor puede redimirnos y de que los deseos, si son deseados con ardor, son suficientes para cambiar las realidades. La obra recoge esta idea potencial pero la traiciona, llevándonos del humor al horror, de la fortuna de haber encontrado el amor a la desdicha de haberlo tocado. Los personajes de esta obra responden al dicho *con las puras ganas no basta y de buenas intenciones está plagado el camino al infierno*. La comedia se transforma en tragedia y la novela rosa en crónica roja.

La estructura de la obra está basada en una

secuencia de cuadros rápidos cuyo lenguaje cinematográfico por corte presenta una temática contingente y reconocible: el alcoholismo y la violencia intrafamiliar, la imposibilidad de salir del círculo de la pobreza, la necesidad de afecto y de pertenencia, las máscaras que ocultan nuestra verdadera identidad y los personajes insertos en oficios que los determinan, conforman un mundo cuyo humor negro encontramos a diario en nuestro país.

EL ESCENARIO MANDA

Si bien en el texto la construcción de los personajes no estaba resuelta totalmente en términos de objetivos y de coherencia de acción, éstos estaban bien perfilados desde su quehacer profesional: la maestra, la alumna, la locutora, el masajista, la liceana. Sus características generales eran claras y había material suficiente para que los actores pusieran en marcha su trabajo creativo.

A medida que fuimos trabajando sobre el escenario quedaba más claro en qué se debía profundizar y cuáles eran las escenas que mejor funcionaban. El personaje de la niña, que actuaba como un testigo presencial, aislada en su mundo interior, pero que era afectada directamente por todo lo que sucedía a su alrededor, era uno de los más claros.

El montaje de la obra de Francisca en el contexto del Festival de Autores Jóvenes fue una experiencia entretenida y muy amable.

Los ensayos debían realizarse contra el tiempo,

lo cual le imprimió a la puesta en escena una urgencia que cohesionó todos los impulsos en una misma dirección. Los problemas debían ser resueltos sobre la marcha y en la práctica, sin detenerse más allá de lo estrictamente necesario en cada cosa. Nuestra intención fue rescatar el lenguaje melodramático y el humor negro del texto para hacerlo tomar cuerpo en personajes humanos que se movilizaran por sentimientos y necesidades reales y no sólo producto del estereotipo que representaban.

La presencia de la autora en los ensayos fue muy constructiva y necesaria para todos. Francisca comprendía que esta participación era parte de su aprendizaje como dramaturga y era su responsabilidad resolver aquellos problemas de texto que el escenario arrojaba de regreso. Siempre estaba dispuesta a contestar las preguntas de los actores y aclaraba su punto de vista o complementaba las indicaciones de dirección. Modificó, eliminó y reescribió escenas que no funcionaban o que detenían o no hacían progresar la acción. En una obra estructurada en base a cuadros, la modificación de una pieza del rompecabezas puede alterar toda la secuencia. En varias oportunidades esto ocurrió y hubo momentos en que nadie sabía qué venía

después (ni de qué antes) y los pegoteos con goma y los recortes de texto volaban por la sala (no olvido la cara de desesperación de la Kerry recordándome que era la tercera vez que se había aprendido la secuencia y que ya no se acordaba qué venía... yo tampoco). Lo bueno es que, finalmente, Francisca ordenaba el cuento con tanta paciencia como perseverancia y logramos que la acción fuese progresiva y que los personajes actuaran coherentemente en la sucesión de los cuadros.

La definición del estilo *pop* se produjo en conjunto con los diseñadores y la productora, quienes, recogiendo y complementando nuestras proposiciones, las llevaron a la práctica. El plástico como base unitaria en el vestuario y los settings tipo años sesenta junto a los electrodomésticos ayudaron a conformar un mundo visual que apoyaba la actuación *extravagante* y situaba la obra en un mundo construido por el recuerdo fraccionado más que por una unidad estilística y temporal.

Otro de los aspectos positivos del trabajo fue la buena recepción que tuvo la obra. El público, conformado en su mayoría por jóvenes, fue un buen feedback para los actores. Lo lamentable fue el escaso número de funciones que tuvimos. La cosa se terminó justo cuando lo estábamos pasando tan bien y todo estaba encontrando su ajuste y movimiento interior.

Creo que el *casting* de la obra fue sin duda uno de los aciertos del trabajo: Kerry Keller, Macarena Baeza, Soledad Yáñez, Luis Dubó, Mario Soto y Cristián Soto fueron grandes aliados y un tremendo aporte al montaje desde todo punto de vista. Su generosidad y preocupación hicieron que se realizara un verdadero trabajo en equipo. El teatro lo hacen las personas. Y, más allá de los resultados artísticos de las experiencias, que sin duda es lo que moviliza a las personas a la creación, lo que uno se lleva para la casa es el recuerdo del proceso y de la calidad humana de los compañeros de trabajo. Y, como no me salgo del género un poco cliché, cursi, melodramático y pop de la obra, aprovecho para mandar un saludo a todo ese grupo de personas con los cuales hicimos posible una fracción de realidad. ¡Chiquillos, fue un placer!

Llárame, no te arrepentirás

fue estrenada en la Sala Eugenio Dittborn del Teatro de la Universidad Católica, Santiago, el 28 de mayo de 1998, en el marco del II Festival de Autores Jóvenes de la Escuela de Teatro UC.

Ficha Técnica

Autora : Francisca Bernardi
Dirección : Claudia Echenique
Escenografía : Paul Erlandsen

Reparto

Doña Ernestina Ulloa : Kerry Keller
Elena Méndez Ulloa : Macarena Baeza
Andrei, Eduardo : Luis Dubó
Niña : Soledad Yáñez
Locutor : Mario Soto
Profesora : Cristián Soto